

CUENTOS DEL PARAÍSO DE LAS
ISLAS, 10
¡POLVO DORADO, PUJOLITO!

Emilio Sola
emilio.sola@cedcs.eu

Colección: E-Libros – El paraíso de las islas
Fecha de Publicación: 01/09/2023
Número de páginas: 13
I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Archivo de la Frontera: Banco de recursos históricos.
Más documentos disponibles en www.archivodelafrontera.com



Licencia Reconocimiento – No Comercial 3.0 Unported.

El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial.

El *Archivo de la Frontera* es un proyecto del **Centro Europeo para la Difusión de las Ciencias Sociales (CEDCS)**, bajo la dirección del Dr. Emilio Sola, con la colaboración tecnológica de **Alma Comunicación Creativa**.

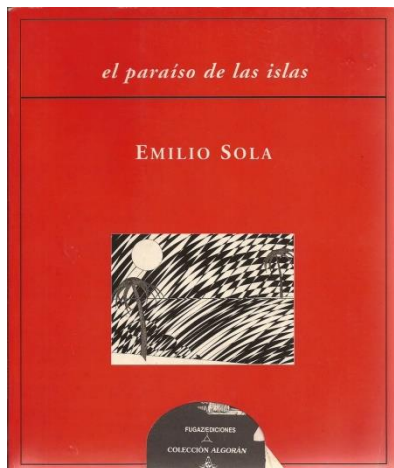
www.cedcs.org
info@cedcs.org
contacta@archivodelafrontera.com

www.miramistrabajos.com

Cuentos del paraíso de las islas

10

10-01 ¡POLVO DORADO, PUJOLITO!



“¡Polvo dorado, Pujolito!” fue publicado en 1993 por la editorial Fugaz de Alcalá de Henares, y su tiempo literario es un día largo de la primavera del año 33 después de la gran guerra y de la muerte de Juan Bravo o JB, según la datación adoptada por el llamado “Paraíso de las islas”. Como siempre, es relato de un amanuense anónimo y su original procede de la llamada Biblioteca de don Borondón o del Naranjal. Se fragmentará en 5 entregas:

10-01, 10-02, 10-03, 10-04 y 10-05

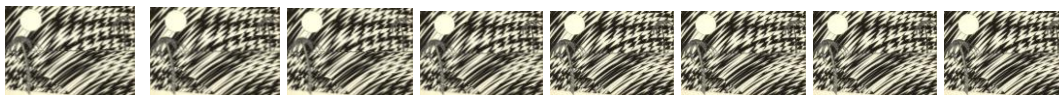
He aquí el índice del relato, según salió en la edición de Fugaz:

INDICE GENERAL de EL PARAISO DE LAS ISLAS

- | | |
|---|--|
| 1.- ¡POLVO DORADO, PUJOLITO! | cena en honor de Prisciliano Manfredi en la casa del huerto de los almendros. |
| 1.1.- Ahmed Pujol, mulato claro, después de acostarse con una yanqui, se va a dormir en la hamaca a casa de su madre. | 1.8.- En el bar de Primo. |
| 1.2.- Mulato Pujolito recuerda su infancia en la casa del huerto de los almendros. | 1.9.- La fiesta en honor del Manfredi, en la que Pepín Castaño canta la nana de la soltera. |
| 1.3.- Pujolito va a ver a su madre Montse Pujol al taller. | 1.10.- Prisciliano Manfredi promete llevarse a Ahmed Pujol al Egeo. |
| 1.4.- Pujolito charla con su madre Montse de su padre Kader Hamuín y de otros asuntos. | 1.11.- Mulato Ahmed prepara su macuto y promete volver hecho un hombre para estar con Tatiana Fontenova. |
| 1.5.- Mulato Ahmed se pasa por la casa grande para dormir la siesta con Consuelo Entrambosaires, Titina, pero ésta no quiere. | 1.12.- Pujolito se topa con el lamé de la Nico. |
| 1.6.- Después de dormir la siesta con Nico, Ahmed, Titina y los amigos se van a la playa. | 1.13.- Pujolito se duerme en el regazo de Titina. |
| 1.7.- En la casa grande el grupo de chicos se arreglan para la | 1.14.- Tarzán Weismuller conduce al aeropuerto a los viajeros en su vetusto coche verde. |
| | 1.15.- La Nico y Pepín Castaño se acuerdan de Ahmed Pujol. |

EPÍLOGO: Del amanuense para el lector, con DEDICATORIA incluida.

- | | |
|--|--|
| 2.- DON BORONDON EL BABILONICO. | 2.10.- Leila Naser llama al Babilónico "nostálgico, borrachón", y éste charla con Erik Andersen, gran jardinero. |
| 2.1.- Don Borondón el Babilónico, conocido como Sargón el Antiguo en Oriente, toma una copa de vino en la terraza de la casa del naranjal. | 2.11.- Los niños Fito Naser y Lavinia Plonka en la casa de don Borondón y la historia del hombre del perro negro y el niño Saigo Newman. |
| 2.2.- ¡Salud, amigos! | 2.12.- Con la luna llena de mayo, el Antiguo se pasa el día hablando de la libertad y se despide de la casa-biblioteca del naranjal. |
| 2.3.- La biblioteca habitada de la casa de don Borondón. | 2.13.- Don Borondón se instala en la plataforma durante la fiesta de la luna llena de mayo. |
| 2.4.- Don Borondón y la luna llena. | 2.14.- El Antiguo y don Severino Muntañola recuerdan tiempos antiguos. |
| 2.5.- Ante el espejo: "La gran aventura". | 2.15.- Don Borondón es condecorado y desenlace provisional de la historia de Miriam María y el Hamuín Norodín. |
| 2.6.- La construcción de la plataforma circular. | 2.16.- Gente nueva llega a la casa de don Borondón, entre ellos Titina Entrambosaires y sus hijos Estambuli Entrambosaires y Alta |
| 2.7.- Chito Gomes, los chicos de Spalato y la música para la plataforma. | |
| 2.8.- La música, los grupos de la costa y el chiringuito de Eulogio. | |
| 2.9.- Eulogio y Josefina y sus hijas Josefina y Verónica. | |



POLVO DORADO, PUJOLITO

La numeración de las páginas del texto digitalizado son las de la edición de 1993 de la editorial Fugaz, sobre la que se hizo esta edición digital.

1.1.

-Acuérdate de mí cuando la luna llena, linda.

-O.K., my love.

El Pujol salió a la noche, hermosísima de abril, fresca y arrullada por la mar. No había sido una sesión de amor excepcional sino más bien normalita. A pesar de que la yanqui gritaba en el momento álgido del orgasmo y eso, de siempre, le había excitado mucho. En fin. Casi las cuatro de la madrugada. Sabía de más de media docena de lugares abiertos a esas horas, el de Primo entre ellos, pero se sentía con sueño. “Si voy a casa de Titina la despierto, si es que no está de juerga todavía, y nos enrollamos a hablar; mejor, me voy a la casa de Montse. De madrugada saldrá al campo y estará dormida ya”. Entró por el balcón de la gran sala de la planta baja, como desde niño hacía, y en cueros, como de costumbre, se lió en la manta de franjas amarillas y se quedó dormido en la hamaca del rellano de la escalera. Su brazo derecho colgante -monotonía de gestos y posturas-, la uña de su dedo central corazón reposó en las losetas de cerámica catalana, color sangre seca. Todo en la casa fue silencio y rumor de mar lejano hasta el amanecer.

Y con el alba, como con cada amanecida, la casa amanecía. Bajaron primero Pablito el Zurdo, la americana Nacha y Chantal Laforet. Sonrieron al toparse con el Pujol y se intercambiaron miradas cómplices.

14 Al poco tiempo bajó, canturreando, el americano Chito Gomes; al pasar al lado del durmiente le dio un sonoro casi cachetón en la mejilla.

-¡Buen tipo, Pujolito!

Y como el chico ni se despertara -tan sólo giró su rostro hacia el otro lado, estiró aún más las piernas de manera que la manta de franjas amarillas se deslizó y descubrió su media pierna derecha y dejó caer el brazo izquierdo fuera de la hamaca hasta que la otra uña de dedo corazón rozó las losetas rojo sangre seca-, comentó con Irina Ivanova que descendía tras él, sonriente y coqueta, "Sueño profundo, felicidad la suya, ché!". Y ambos ganaron abrazados por la cintura la cocina en donde sus compañeros, bulliciosos, terminaban de preparar el desayuno.

Siguieron desfilando escaleras abajo los demás habitantes de la casa -Curro, Simón el Mago, Leila Naser, el viejo yanqui Weismuller, que estaba de visita, Tatiana Fontenova, americana- y, quien más, quien menos, cada uno tenía su cumplido para el muchacho. Cuando Montse Pujol apareció desperezándose en lo alto de la escalera ya la manta estaba por el suelo del rellano, tres o cuatro de sus amigos divertidos en torno a la hamaca. Se imaginó lo que pasaba.

-¿Otra vez ha venido a dormir mi hijo Ahmed? Algo le pasa al chico.

Luego, ante el cuerpo desnudo de Pujolito dormido que regocijaba a los presentes -Tatiana se empinaba a la barandilla para llamar a los de la cocina-, le cruzó los brazos sobre el pecho, le dio un beso en la fren-

te, recogió del suelo del rellano la manta de franjas amarillas y cubrió su desnudez.

-¡Oh, no...! -coreó el grupo teatralmente.

15

-¡Sois unos cachondos! -rezongó la Montse.

-Es que, aunque dormido, es fantástico de tamaño, chica. Debe de ser un amante excepcional -y Tatiana Fontenova afectaba aires de diva del cine mudo.

-¡Pues si hubieras conocido a su padre!

Así, amanecida casa, el grupo desayunó aquel día entre bromas y veras sobre el niño Ahmed Pujol.

1.2.

Siempre llena de gente había conocido mulato Ahmed aquella casa que podía llamar suya. Y nunca se había sentido molesto ni extraño en ella salvo cuando, ya no niño, comenzó a considerarse agredido por la presencia y juegos de los inevitables -en una casa como aquélla, casi puro lugar de encuentros- chiquillos.

Recordaba su infancia como un período de vida -su corta vida aunque le pareciera prolongadísimo período, eso de perdido en la noche de los

16 tiempos y tal- divertido y feliz. Nunca se había aburrido con su madre Montse, mujer a la que hoy consideraba como prototipo contrario a la mujer aburrida, de aquí para allá, de isla en isla y de costa a costa, verdadero inolvidable nomadeo. Ahora comprendía también el título de su libro básico de la infancia, aquel que a él se le antojaba mágico porque tanto en Nápoles como en Alejandría o Barcelona, Corinto, Orán, Nicosia, Estambul o Palma, cualquiera que fuese la estación o el mes que discurriera, marcaba con precisión la tarea de estudio con los más diversos profes y compañeros de clase.

*Manual básico unificado de (la materia que fuese)
Nivel (1, 2, 3 o el que le correspondiera a él)
En lengua española*

Eso de “lengua española” así lo había decidido su madre Montse tiránicamente, pensaba ahora, que si de él hubiera dependido tal vez hubiera elegido árabe o catalán. Libro aquel más mágico aún a sus ojos infantiles, libro sabio entre los sabios pues indicaba a su madre en pleno viaje en avión, barco, tren o coche -y hasta en camello, recordaba, aquel día que visitaran la tumba de Antón Dolores- el programa diario que cualquier posible profe impartiera, que cualquier posible grupo de compañeros de escuela en cualquier posible lugar siguiera, como él, en simultaneidad prodigio.

Pero el que amara su perdida infancia no impedía que no pudiera soportar a los chiquillos que invadían su terreno vital de cada día ahora. Habían construido, dos años atrás, un pabellón para los niños detrás del huertito de los almendros, cerca del mar. Las tardes y las noches, en consecuencia, eran más tranquilas en la casa y el huerto de los almendros se había convertido en “frontera” infranqueable entre los dos mundos. A él, porque por entonces se consideraba mayor, no niño al menos, porque prefiriera la

hamaca -que siempre le había acompañado en sus viajes y que procuraba montar con preferencia en rellanos de escalera, extraño casi atavismo que a todos divertía- y porque por algo estaba en una casa que podía considerarse -y todos la consideraban así- “su” casa, no le había tocado habitar el pabellón infantil y apenas si dos veces lo había visitado. 17

Eran seis los niños que había en la casa ese día. En ocasiones llegaban a ser más de diez, y hasta quince, creándose situaciones insostenibles. Pero sólo seis bastaban para organizarle a Pujolito un insufrible despertar. Cuando el grupo infantil atravesaba el huerto de los almendros -”creo que más que verlos u oírlos, los huelo”, había pensado alguna vez Pujolito- mulato Ahmed había entreabierto sutil su ojo derecho y vigilaba de soslayo la puerta. Justo: el endiablado Leónidas Fontenova, nada más entrar en el gran salón, le vio y echó a correr escaleras arriba, Pujolito saltó de la hamaca, como pudo se medio cubrió con la manta de franjas amarillas mientras le pegaba un empujón al crío Leónidas que ya había trincado un extremo de manta -casi le hizo rodar escaleras abajo, pero el niño se reía más ruidosamente aún y llamaba a sus compañeros- y se zafó escaleras arriba. Consiguió encerrarse en el cuarto más alejado del piso alto. Durante dos o tres minutos los niños aporrearon la puerta. Volvió la calma. Intentó recuperar el sueño; con cuatro horas largas más podría hacerle frente al nuevo día. Aunque un colchón no era lo mismo que su hamaca.

1.3

A mediodía mulato Pujolito saltó de la cama; “un buen baño ahora, y como dios”, pensó. Se acordó del bañador de los peces azules y el gran

18 pulpo rojo que salía de la entrepierna, “chévere, ché, como dice el americano Chito Gomes”, el verano y el otoño últimos había ligado incontable con el tal bañador, “debe de andar por alguno de los cajones de mamá Montse”, ¡venga bragas!, ¡venga bragas!, “mira tú, tan desordenada como siempre, incorregible la tía”, al fin lo encontró entre unas pañoletas. Aún le quedaba bien. “Así, ajustado, fino a la cadera, chévere, ché”. Se entretuvo un rato con el espejo, cambiando posturas, ensayando guiños de ojos y formas pícaras de sonreír, “un poquito más de color, como en el verano, y no este ceniciento..., pero bien, tío, estás fardón”, y se fue a la cocina a la caza y captura de una taza de café.

-Tarde amanece -le dijo Alexis; andaba por allí con la Valerie poniendo orden en la casa y preparando el almuerzo para el grupo. ¿Cómo por aquí? ¿No hubo faena de hotel anoche?

-Sí que hubo. Yanqui, rubianca, colorada y mofletuda, tetas como melones pero mala cama. ¿En dónde está la gente?

-Hoy andan repartidos entre el campo de girasoles, el taller y la vaquería. Montse estará en el taller, como siempre -y Valerie terminó socarrona-. ¡Vaya, vaya!, el pulpito rojo, ¿eh, didón?

`-¡Acuérdate de mi cuando la luna llena, bonita!

Y mulato Ahmed se fue. No volvió por la casa hasta después de un baño. Lavó su camiseta y el slip en un momento, rebuscó por las habitaciones alguna cosa que ponerse -una camiseta ligera de su madre, de florecillas amarillas y rosas, que le gustó-, preguntó a Alexis si quería que le llevara algo a los que estaban trabajando fuera, Alexis le respondió que les dijera que en media hora tendrían la comida en el me-

rendero de al lado de la plantación de girasoles, se enredó un rato el chico en el espejo de la sala despeinándose a su gusto los rizos mojados y, por fin, se decidió a salir hacia el taller. En abril la hermosura del campo, el sol ardiendo en el centro del azul, estremecía.

19

-¡Hola, Montse!

Había encontrado a su madre en plena faena de puesta a punto del motor grande; la asistía la americana Nacha que acababa de llegar de más allá del Atlántico y todavía no distinguía las diferentes marcas de los productos del almacén. Tarzán Weismuller, ya muchos años de rodar mediterráneo -tenía allí su viejo coche con el capot abierto, algún problema de motor, y se había vestido uno de los monos azules de trabajo del taller-, la asesoraba como podía con su característico maltratado castellano yanquizado.

-Qué tal, Ahmed -Montse miró de arriba abajo a su hijo y volvió al trabajo de engrasar el motor del tractor grande-. Sigues siendo un disparate de chico. Cuando termines con la camiseta, me la devuelves limpia, ¿de acuerdo?

-No te preocupes, mamita. Te la dejaré por allí, en cualquiera de tus montones de bragas y pañuelos que tienes por ajuar. ¡Vaya lío tu habitación! -curioseaba por el cajón de las herramientas-. Tienes más ordenado el taller que tu armario.

-Pásame esa llave grande, por favor -sin sacar su cabeza, protegido el pelo por una tupida redecilla, añadió-. Es la tercera noche que duermes en la casa esta semana. ¿Te pasa algo?

20

-Nada grave. El pueblo está aburrido. Han venido pocos turistas esta primavera. Fíjate que he tenido que dormir dos veces con la misma chica esta semana... Y las camas de los apartamentos nuevos son una mierda; cada día echo de menos la hamaca. Si no fuera por los críos, ya me hubiera instalado otra vez en la casa, mami. Y donde Titina lo mismo; ha llegado gente nueva, casi todos niñatos y tontitas con macutos y sacos de dormir que no saben hablar más que de libros y estupideces... Yo creo que ni follan.

-¡Vamos, Pujolito! Creo que te estás pasando ya. Desde el verano, no paras. Primero me dijiste que para el final del otoño, y no quisiste especializarte en lo de riegos por aspersión con el rumano Nicolae...

-Mami, tenía que pasarme casi un año a más de ochenta kilómetros del mar y allá por Libia...

-Te comprendí, y nada dije. Pero al final del invierno, como habíamos convenido, tampoco te fuiste con Constelación Muñoz, y eso que lo de las instalaciones de energía solar era en la costa siria.

-Mami: Constelación y yo nunca tuvimos vibraciones parejas.

-Lo sé, Ahmed; por eso tampoco te dije nada. Pero es ya hora de que nos separemos, tío, de que termines de hacerte un hombre, ¿comprendes? Mira a Consuelo Entrambosaires, tu Titina querida; tiene seis meses menos que tú y ya es toda una mujer. Ha demostrado ser una buena maestra y en el verano va a viajar sola porque ya la han incluido en el programa básico unificado, creo que en literatura y en los cuatro niveles básicos...

-¡Ay, mamá, no te enrolles que ya lo sé! ¡Me martirizas! ¡Pero a Titina le gusta leer y a mí follar! ¡Comprendes? ¡Yo quiero ser follador! ¡Por qué no pueden informatizar lo que a mí me gusta?

21

-¡Sigues siendo un disparate, Pujolito!

Montse había terminado el engrase del motor. Se lavó las manos y se quitó la redecilla y el mono azul. Alexis y Valerie habían llegado con la comida y todo el grupo se reunía en el merendero de al lado de la plantación de girasoles. Montse consultó con mulato Ahmed y rogaron al grupo que los disculpasen una media hora, que les dejasen su ración para algo más tarde.

-¿Consejo de familia? -bromeó Tatiana Fontenova.

-Algo así, señora estercolera -Tatiana era especialista en abonos naturales-. Luego se lo contaré a nuestra amiga Titina, que me quiere más que tú -le contestó Ahmed.

-Yo también te quiero bien, Pujolito.

-¿Nos damos mañana un baño cuando termines el trabajo? -le susurró Ahmed al oído.

-Si te pones el bañador del pulpo rojo, vale.

-Y en tu honor, Tatiana, que tú no me conoces.

Todos, aunque enterados a medias de los susurros del Pujolito, reían, Tatiana Fontenova más. Montse echó el brazo al hombro de su hijo.

-Vamos, chico, que tienes tú más marcha que un carnero.

22 Se separaron de allí a un tiro de piedra, hasta un altozano sobre el campo de girasoles desde el que se veía el mar.

1.4.

-No te olvides de que hoy llega Prisciliano -les había dicho Tarzán Weismuller cuando se alejaban.

A medio camino Ahmed volvió al merendero para coger una botella de leche. "Me hace bien a mediodía", se disculpó. "¡Buen tipo, Pujolito! ¡Felicidad la tuya, ché!", y Chito Gomes le había palmeado cariñoso en la mejilla.

-¿Conozco yo a Prisciliano, mami?

-Sí, pero a lo mejor no te acuerdas. Hace un par de años que no le veo. Creo que anda por una isla del Egeo o del Jónico con rollo de barcos de pesca de bajura.

Se tumbaron a la sombra de unos pinos de alta copa en lo alto del cerrillo. Se veía desde allí el grupo abajo en el merendero. Curro y Simón el Mago llegaban ahora, algo rezagados, de la vaquería. En la escuela, junto al mar, parecía que los niños habían terminado de comer pues estaban en el recreo.